

“SOLO UNO REGRESÓ”

Mensaje para el decimoctavo domingo después de Pentecostés

Del pastor Norman Staker

12 de octubre de 2025

2 REYES 5: 1-3, 7-15C ** 2 TIMOTEO 2: 8-15 ** LUCAS 17: 11-19

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE
NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA
RESUCITADO! ¡EN VERDAD HA RESUCITADO!

ule Huffman es sinónimo de WSAZ. Era el hombre del tiempo allí; era la voz de los anuncios de WSAZ; tenía una gran voz para cantar; una vez lo escuché cantar en la Iglesia Luterana Cristo Rey en Barboursville, pero lo más importante, para niños de todas las edades, incluyendo adultos, era nada menos que el Sr. Cartoon y sirvió en ese puesto durante unos 26 años. Cuando era jefe de manada con la Manada 19 en St. John, llevamos a los Lobatos a Huntington para lo que sería la última grabación de Jule Huffman como el Sr. Cartoon y no decepcionó a los niños ni a mi esposa ni a mí; nos encantó el programa ese día. Cada día terminaba su episodio con una serie de instrucciones para su audiencia, que incluían indicaciones específicas sobre higiene, como cepillarse los dientes después de las comidas, rezar antes de acostarse, modales como "sí señora" y "sí señor"; y cortesía, las palabras mágicas como "por favor, gracias y disculpe". En el episodio del viernes, animaba a sus espectadores y al público del estudio a asistir a la iglesia o sinagoga de su elección con sus adultos. Todo esto, y estoy seguro de que la mayoría de los adultos recuerdan a Jule Huffman/Mr Cartoon, pero sus palabras mágicas, especialmente "gracias", demuestran la gran necesidad que existe para el pueblo de Dios de dar gracias, pero específicamente a Dios.

Hoy vamos a examinar algunos versículos de las Escrituras que contienen un mensaje muy importante. Quiero advertirles que no solo es un mensaje muy importante, sino también muy contundente. Es un mensaje que nos hará reflexionar sobre nosotros mismos y es muy posible que, al terminar, no nos guste lo que hayamos encontrado. Puede que no sea lo que buscábamos. Suena un poco confuso, ¿verdad? Hoy vamos a examinar una lección que todo cristiano debe aprender: la necesidad de ser agradecido.

En nuestro texto de Lucas 17: «Camino a Jerusalén, Jesús atravesaba la región entre Samaria y Galilea. Al entrar en una aldea, se le acercaron diez leprosos. Manteniéndose a distancia, gritaron: «¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!». Al verlos, les dijo: «Vayan y preséntense a los sacerdotes». Y mientras iban, quedaron limpios. Entonces uno de ellos, al ver que había sido sanado, regresó alabando a Dios a gran voz». Pero esperen, ¿no eran diez hombres? ¿Dónde están los otros nueve?

Jesús no necesita calculadora para ver que uno de cada diez no es un buen resultado, sobre todo cuando los diez recibieron el mismo tratamiento y sanaron. ¡Qué importa!

¿Con qué frecuencia escuchas a alguien decir: «¡Dios, ayúdame, por favor!»? Incluso viniendo de la persona más inmoral e impía de nuestra sociedad, no resulta del todo extraño. Escuchamos a la gente usar el nombre de Dios constantemente, pero especialmente en tiempos de crisis. Es en esos momentos cuando incluso las personas más viles recurren a Dios porque si Él no las ayuda ahora, no hay esperanza de otra solución. Dios queda reducido a un botón conveniente al que la gente llama en momentos de gran necesidad. Pero ¿no es Dios más que eso?

En la historia de los diez leprosos encontramos una escena muy familiar, no porque conozcamos a personas con lepra, sino porque conocemos a muchas personas que se encuentran en situaciones desesperadas clamando a Dios. Como era costumbre en aquellos tiempos, los leprosos eran expulsados de la ciudad para vivir marginados a causa de su enfermedad. A menudo había comunidades enteras de leprosos, así que encontrar a diez de ellos juntos en esta historia no es nada fuera de lo común. Su existencia era solitaria y rechazada, por lo que la idea de ser sanados y liberados de esta vida era realmente grandiosa, pero Jesús estaba haciendo más que sanar; les abrió los ojos a algo mucho más grande.

Lo primero que vemos aquí es que Jesús se encontró cara a cara con estos diez hombres que padecían lepra. Estoy seguro de que muchos de nosotros aquí hemos oído hablar de la lepra y hemos leído numerosos versículos bíblicos sobre esta devastadora aflicción, pero en realidad no sabemos qué es realmente. Cuando hablamos de lepra, nos referimos a una enfermedad muy temida en aquella época. Como todos podemos imaginar, era una enfermedad terrible. Esta enfermedad comienza con pequeñas protuberancias en los párpados y las palmas de las manos. Luego se extiende gradualmente por todo el cuerpo, causando decoloración del cabello y la formación de escamas en las partes afectadas, lo que causa llagas abiertas muy dolorosas e inflamación. Observen lo terrible que es esta enfermedad:

comienza en la piel, causando llagas abiertas e hinchazón, pero no se detiene ahí. Luego empieza a corroer la piel, la carne y los huesos; en otras palabras, pudre el cuerpo parte por parte. Durante las últimas etapas de esta enfermedad, partes del cuerpo simplemente se caen y literalmente.

La lepra es una enfermedad temida en todo el mundo. Hemos intentado disfrazarla un poco y aliviar parte del miedo dándole un nombre diferente. Ahora la llamamos "enfermedad de Hansen". De 1894 a 1999, uno de los mejores centros de tratamiento del mundo estuvo ubicado no muy lejos de aquí, en una plantación abandonada y remodelada en Carville, Luisiana. El hospital de Carville cerró sus puertas en 1999 y ya no trata a pacientes con enfermedad de Hansen.

Hoy en día, hemos aprendido mucho sobre la lepra y su tratamiento. No es tan contagiosa como muchos creían y existen tratamientos y medicamentos para curarla, generalmente varias rondas de antibióticos y esteroides. Sin embargo, para quienes son susceptibles de contraerla, la enfermedad se propaga prácticamente de la misma manera que la gripe o un resfriado: al estornudar y toser cerca de otras personas. Lo bueno es que la gran mayoría de las personas nunca la contraerá porque su sistema inmunitario impide su desarrollo. Lo triste es que todavía hay muchas personas que contraen lepra cada año, y la mayoría son niños.

Los judíos veían esta enfermedad como una maldición divina; por lo tanto, solo Dios podía sanar a quienes la padecían. ¡Era una enfermedad terrible! No es de extrañar que el pueblo judío tuviera leyes tan estrictas para quienes la padecían. El leproso era considerado impuro tanto espiritual como físicamente. No se le permitía acercarse a nadie; debía mantener una distancia mínima de dos metros de otras personas, incluyendo a sus esposas o esposos, hijos y cualquier otro miembro de la familia.

A los leprosos no se les permitía vivir dentro de los muros de ninguna ciudad. Eran expulsados y reprendidos por todos. Imaginemos esto por un segundo. Imaginemos cómo se debieron sentir estas personas. Estoy seguro de que sus corazones estaban llenos de dolor al ser desterrados de la sociedad, y en particular de sus familias.

Entonces, Jesús, camino a Jerusalén, se encuentra con estas personas que sufrían esta terrible aflicción. Estaban desesperadas. Jesús les dice: «Oigan, vayan y preséntense a los sacerdotes». Y antes de que llegaran, quedaron limpios. ¡Todo rastro de lepra había desaparecido!

Todos los leprosos de este versículo fueron grandemente bendecidos y deberían haber estado agradecidos. Deberían haber regresado para agradecerle la bendición, para agradecerle su misericordia. Todos fueron bendecidos por Cristo, pero no todos regresaron a Él. Solo uno regresó; los demás simplemente siguieron su camino, ignorando lo que Dios había hecho por ellos. Esto no es muy diferente de lo que sucede hoy en día. Permítanme decirlo así: si analizamos qué es realmente una iglesia, creo que todos los presentes estaríamos más o menos de acuerdo en que es como un hospital. ¿Cómo es eso? Fácil, pensemos en la función de un hospital. Estoy seguro de que ninguno de nosotros ha ingresado jamás en un hospital sin tener algo grave, sin sufrir una enfermedad que nos haya debilitado tanto que haya necesitado ayuda y atención médica inmediatas. ¿Correcto? No sé qué opinan todos aquí sobre los hospitales, pero puedo decirles que para que me ingresen en uno, tiene que ser porque estoy muy gravemente enfermo. Entonces, ¿qué pasa después de recibir el tratamiento? Empezamos a sentirnos mejor, a recuperar fuerzas o a sanar, hasta que finalmente llega el día en que nos dan de alta y volvemos a casa. ¿Entienden a qué me refiero? En otras palabras, lo que sucede es que salimos del hospital y seguimos nuestro camino. Hemos sanado, por lo tanto, ya no pensamos en los médicos ni en todo el personal que trabajó con tanta diligencia y arduamente para que sanáramos.

¿Ven ahora la similitud entre un hospital y la iglesia? Les digo que no hay mucha diferencia. Así como ingresan a los enfermos en los hospitales, nosotros ingresamos a la iglesia gravemente enfermos. No acudimos a la iglesia por fortaleza, no por falta de necesidades. Fue porque nuestro espíritu estaba enfermo, nos encontramos en situaciones que no podíamos resolver. En otras palabras, acudimos a la iglesia con lepra espiritual. Llegamos a la presencia de nuestro Señor llenos de heridas abiertas y profundas; acudimos a nuestro Señor prácticamente de la misma manera que lo hicieron estos diez hombres. Acudimos pidiendo su misericordia y gracia, pidiendo sanación. Acudimos a los pies de nuestro Señor pidiéndole que nos liberara de nuestros sufrimientos. Al igual que estos hombres, recibimos instrucciones sobre lo que debemos hacer. Digo esto porque estos hombres recibieron instrucciones específicas sobre lo que debían hacer cuando el Señor les dijo: «Vayan a presentarse a los sacerdotes». También hemos recibido instrucciones específicas, hemos sido llamados al arrepentimiento, a ser bautizados, a tener fe, confiando en que Dios se encargará de todo. ¿Qué sucedió después? «Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios». Amigos, nosotros también hemos sido limpiados, hemos sido bendecidos; el Señor, en su gran y divina misericordia, nos ha liberado de lo que nos oprimía.

Pero lo triste de todo esto es que es en este punto que empezamos a ver la ingratitud de los hombres. Los diez fueron sanados, los diez fueron bendecidos, pero solo uno regresó para agradecerle. Solo uno regresó para reconocer lo que Él había hecho, solo uno dio la gloria a Dios. Es por esta razón que Jesús dijo: «Respondiendo Jesús, dijo: ¿No fueron diez los que quedaron limpios? Y los otros nueve, ¿dónde están? ¿No se encontró a ninguno que volviera a dar gracias a Dios, excepto este extranjero? Y le dijo: Levántate y vete; tu fe te ha salvado».

Amigos, esto es algo que siempre debemos tener presente; no podemos ser personas de memoria corta. Me refiero a todas aquellas personas que, tras recibir las bendiciones, hicieron lo mismo que los nueve de este pasaje. No regresaron para agradecer y glorificar a Dios. No regresaron para reconocer que solo por su gracia y misericordia recibieron las bendiciones, que solo por su gracia y amor recibieron la salvación.

¿Se imaginan la emoción que sintieron al notar que la lepra estaba desapareciendo? Mientras caminaban hacia el sacerdote, obedeciendo el mandato de Jesús, ¡todos sanaron de su lepra! Aunque aún faltaba que los declararan limpios, sabían que el milagro ya había ocurrido. El resto era solo una formalidad ceremonial.

Diez leprosos fueron sanados ese día, todos al mismo tiempo y de la misma manera, pero sólo uno regresó, antes de llegar al templo, para regresar y agradecer al Señor por el milagro en su vida.

¿Me pregunto qué excusas tenían los otros nueve para no regresar a darle la gloria a Dios y dar gracias por su milagro?

En resumen, debemos tener muy presente este pasaje de las Escrituras en todo momento. Simplemente no podemos ser como los nueve que leímos en el Evangelio de hoy. No podemos dejar de mostrar nuestra gratitud a nuestro Señor y Salvador. Ahora bien, quiero que todos me sigan la corriente y, en el espíritu del Sr. Caricatura/Jule Huffman y su memoria, quiero que todos saluden con entusiasmo y digan "¡Adiós, Caricaturas!".

¡¡AMÉN!!

